

"DIARIO DE JALISCO."  
Guadalajara, Martes 21 de Junio de 1897.

## APUNTES BIOGRÁFICOS

DE LA SRA.

D.<sup>ña</sup> ROSALIA M. NEGRETE

DE FERNÁNDEZ DEL VALLE,

caritativa dama  
guadalajarensis.

Hay una linda balada alemana en que se figura á la anciana señora de un castillo acercándose con planta temblorosa al sitio en que está su libro de horas; y que de entre sus hojas extrae una florecita disecada, á la que contempla un momento y se echó luego á llorar. ¿Qué recuerdos le traería aquella flor, en otro tiempo fragante, estereopepada y espléndida? ¿Se la dió acaso el galante caballero que partió á la Cruzada, llevando ceñida á su fuerte brazo la banda con que ella premió su fidelidad, el caballero que ya más no volviera?

¿Perteneció esa flor al ramo que su hermanita ya muerta trajo prendido en el corpiño el día de su primera comunión? ¡Quién sabe! Sólo sé que aquella ya tenía tela vegetal, tiene para ella un mundo de recuerdos de cosas alegres, y ahora tristes como las de un perdido paraíso.

Pues bien, yo, como la heroína de la balada voy á guardar en una modesta hoja de papel, una flor que he disecado como ejemplar perfecto que proveeó con sus galas mi admiración; ¡qué ~~brillante van sus colores, que agrada~~ brillante van sus colores, que agrada á los ojos, que agradable su perfume, que suaves sus filamentos, que caprichosos sus estambres, cuántas las gracias que atesoraba, cómo se acercaban á libar la miel de su cáliz bandadas de mariposas y nubes de abejas! De ese modo, todas las veces que me plazca recordar aquella preciosa imagen, ó que quiera comunicar á los demás mi propia admiración, desdoblaré el papel y verá ó hará ver la florecita por mí conservada.

Eso, una simple flor seca, que apenas da idea de lo que fué en un día, es el presente escrito biográfico, dedicado á la memoria de una gran dama que fué modelo de las personas de su sexo.

Nació la Señora Doña Rosalía Martínez Negrete en esta ciudad, el día 18 de enero de 1844, siendo sus padres el Sr. D. Francisco del mismo apellido, Vice-Cónsul que fué aquí de su patria, España, y la Señora Doña Josefa Ortiz de Rosas.

Era el primero uno de aquellos peninsulares que han perpetuado, aún después de ser México independiente, las buenas tradiciones de muchos de sus compatriotas de la época colonial, que tras de hacer á costa de un incesante trabajo en el comercio una considerable fortuna, se identificaban con los intereses sociales del país, llegaban á considerar éste como una segunda patria y llevaban á cabo exclusivamente por sí solos obras utilísimas, ó cuando menos las iniciaban y coadyuvaban á ellas poderosamente: así, el nombre del Señor Martínez Negrete está unido en Guadalajara á la obra de construcción de la Penitenciaría del Estado, á la que prestó su contingente personal, administrando por muchos años sus fondos, sin extipendio alguno, en calidad de Tesorero; y el pecuniario, adelantando con sumo desinterés las cantidades de dinero que con frecuencia eran necesarias para la prosecución de los trabajos, siempre que llegaban á faltar los fondos oficiales destinados á ese objeto. Ni se cifieron á eso únicamente los servicios que prestó á la sociedad en que vivía, pues su generosidad no tuvo

límites siempre que se trató de tomar parte en alguna obra de beneficencia, ya de carácter público, bien del privado.

Antecedentes son esos que importa recordar para darse cuenta del medio en que se crió la niña Martínez Negrete: aueida entre las riquezas, recibió desde sus primeros años lecciones elocuentes del empleo que de ellas puede y debe hacerse en beneficio del prójimo, y de la satisfacción que produce lograr por efecto de nuestras acciones, que aparezcan las sonrisas en el mismo rostro que momentos antes inundaban las lágrimas.

Inútil es decir que sus cristianos padres le dieron una educación escolar que estaba de acuerdo con sus sentimientos y sus creencias profundamente ortodoxas; ésto es, aquella educación espiritualista ó idealista que, mirando la tierra sólo como un lugar de tránsito, atiende menos al desarrollo del cuerpo perecedero, que al perfeccionamiento del alma inmortal, que de tal suerte va preparándose, con el servicio de Dios en esta vida, al destino glorioso á que debe aspirar por los merecimientos que há hecho.

Y permítaseme aquí de paso hacer notar cuán descaminados andan los censures de esta educación, al suponer que en ella se olvida del todo la naturaleza humana y se hace al individuo inepto para los negocios y para el trato de la vida civil. Eso es un error, como lo demuestra palpablemente la Historia: ¿qué mejores ciudadanos ha tenido el mundo, que los santos, hombres que no han podido llegar á ocupar un sitio sobre los altares, sin que pareciera evidentemente justificado que tuvieron caridad para con sus semejantes, por los cuales millares de ellos se sacrificaron? ¿qué mejor negocio puede ocupar á un individuo, que el de hacer el bien á los demás por cuantos medios están á su alcance, practicando la fraternidad universal? ¿la enseñanza y el ejercicio de muchas de las virtudes —el amor al prójimo, el horror á la mentira, el dominio sobre las pasiones, el cumplimiento de todos los preceptos del Decálogo, ese divino código que rigen en las sociedades moralmente organizadas—puede ser contraria acaso al trato de gentes, y no en una sólida base? Si se refieren los críticos de esa pedagogía, á un trato social en que deba intervenir el engaño, á negocios en que el utilitarismo individual sea el supremo deseo, y á la formación de atletas que por la energía muscular pretendan constituir razas superiores que dominen por la fuerza bruta á las demás, con vendremos en que la educación pietista es mala, soberanamente mala para al

Diario de Jalisco. Guadalajara, Martes 22 de Junio de 1897.

comenzar esos fines. Pero de no ser así, forzoso será que se admita, en vista de los infinitos testimonios que han dado y siguen dando los resultados educativos, que el plan espiritual es el sólo que puede elevar al hombre a la perfección relativa; y de la verdad de estas aseveraciones es un señalado ejemplo, más la respetable Señora cuya vida es objeto de estas líneas, y que «estuvo con los negocios del mundo, apropiándose el delicado éstil del insigne moralista Monsieur Landriot, como el nadador cuyos miembros inferiores están dentro del agua, pero con la cabeza dominando las olas, para que sus ojos pudieran contemplar la luz del cielo.»

Doce años tenía la doncella guadalajareña, cuando sus padres, anhelando proporcionarle una ilustración más amplia que la que aquí podría dársele en nuestras modestas escuelas femeninas, la llevaron a Francia con sus hermanas, inscribiéndola como colegiala en el Convento *des Oiseaux* (de los Pájaros), nombre significativo que me recuerda otras muy bellas palabras del citado ilustrísimo Obispo de la Rochelle:

«Solo la religión puede desarrollar en las mujeres esa fuerza moral que las hace resistir todas las dificultades y remontarse como los pájaros más allá de las nubes y de las tempestades, para cumplir con sus deberes de un modo verdaderamente celestial. Para ser pájaro es preciso tener alas, y sólo Dios puede inyectar en las almas esas alas divinas, sólidas y ligeras a la vez, con las cuales se sube y se desciende para rivalizar con los príncipes del aire según las palabras del Profeta. La fuerza nace del uso que de esas alas se hace, sobre todo cuando las dirige un espíritu inteligente.» Colijo sin error de aquel asilo sagrado "de los Pájaros," en aquel bien abrigado nido, fué donde la joven Rosalía sintió nacer y crecer las dos alas apolíticas de la Mujer Fuerte, alas de águila que permiten que el espíritu se eleve sobre el lodazal del mundo e impávido aliente en medio de las tempestades.

Pero no sólo tan altas proezas conquistó allí: también su inteligencia despejada adquirió mayor lucidez con las nuevas lecciones que recibió; y los brillantes elementos de cultura que le proporcionara su estancia en él (como el aprendizaje del idioma francés, el de la música y los de diversos principios científicos unido todo éso a los conocimientos exclusivos que están reservados a la reina del hogar) la pusieron en condiciones de hacer un decoroso papel en la elevada esfera social en donde ocuparía distinguido puesto.

Como una piedra preciosa cuyas facetas acabase de pulir cuidadosamente el lapidario, se presentó a brillar en el mundo la inocente virgen, cuando terminó su educación escolar: no es dudoso presumir que en juventud, sus virtudes y sus otras cualidades le atraerán un

gran número de adoradores; pero cuando se vio favorecida con su mano fué el honrado caballero D. Manuel Rodríguez del Valle natural de Villavieja, celebrando su matrimonio el día 31 de septiembre de 1860.

Sentada ya bajo del árbol frondoso del matrimonio producir frutos de bendición, como se envía referidas noticias interesantes aquellas palabras que el sacerdote le había dirigido cuando se hallaba al pie del altar: «Sabes que yo no he otra libertad para tí que la de la tumba? ¿Por lo que es llorar en las tumbas mortales al hombre intelectual hecho a imagen y semejanza de Dios?» e insistiendo en esos elevados pensamientos en que escriba el secreto de su vida doméstica y que deseara conmovido tanto como si hubiera escuchado a los ángeles prometiéndole en el casto y platónico que, a las unidas de vuestras primeros padres, decía el mortal poeta: «¡Salve amor conyugal la misteriosa fuente de la paternidad!» entrecárgase a la deliciosa y dulce provisión de la mujer que ama en buena madre y tener hijos que la honren.

El amor respetuoso, la fidelidad entrañable, la confianza casta y tierna que proviene de aquél, la condescendencia prudentísima, la laboriosidad en el gobierno de la casa fueran otras tantas prendas que la Señora Doña Rosalía reportó en dote a su esposo.

Lejos de mí la pretensión de ir empujando indistintamente uno a uno los portillos que cierran a los profanos la entrada a los recónditos senos del hogar; aunque entiendo que ni me permitiera hacerlo así, no hallaría tras ellos, en la morada donde mi biografiada señoreaba, nada que viniera a desfigurar la belleza del cuadro tomado del natural que de aquel recinto pudiera trazarse; ni tampoco intentaré seguir paso a paso al alma buena a quien vengo admirando en el camino de la perfección que fué siguiendo sin retroceder jamás.

Tal vez bastaría para hacer a grandes rasgos la descripción de su vida íntima valerme de reproducir este trozo de mano maestra con que dibujó el P. Colonia los rasgos principales de la existencia doméstica de la Duquesa de Villahermosa, descripción que en sentir de personas respetables y que tratarán a fondo con la Señora Doña Rosalía, conviene maravillosamente al modo de vivir que llevaba la honorable dama a que vengo refiriéndome:

"Y así como otras damas, dice este trozo, pasan siempre del tocador al salón, ella pasaba a éste del oratorio, y terminada la fiesta o visita volvía allí de nuevo y en largo y prolijo examen pedíase estrecha cuenta de las palabras que había dicho, las conversaciones que había oído y las veces que había faltado al examen particular que, según el método de San Ignacio, llevaba entonces, y llevó por muchos años, de la presencia de Dios. Y llegó a ser ésta, con el transcurso del tiempo, tan íntima y continua en ella que, a ejemplo de Santa Catalina de Sena, parecía haberse fabricado en su corazón una celda donde, en medio del bullicio del mundo, se encerraba sin esfuerzo ni violencia, para gustar allí las dulzuras de Dios, sin que por eso resultase un gesto adusto ni encorvado, sino natural y sencillo, ni

su conversación distraída y distraída, sino animada, afable y en extremo atenta y obsequiosa cuando era ella a quien tocaba enflorarla y animarla. Lo de ordinario sucede a toda señora que recibe en su casa. Y era tanta su prudencia y tal su imperiosa sobre sí misma, que nunca la impidió esta concentrada vida espiritual estar pronta a la menor indicación de su marido ni vigilante a las necesidades de su hijo, (léase, hijos) ni atenta a los mil deberes de cortesía que... su alta posición la imponía a cada paso; y aún en medio de fantas y tan opuestas atenciones todavía hallaba tiempo para examinar por sí misma y recibir, socorrer y visitar a veces a los muchos pobres que la recomendaban, y para rezar el Rosario y tener alguna lectura espiritual, según su antigua costumbre, con todos aquellos de sus criados a quien no se le impedía el servicio doméstico."

Me atreveré a dar unas pinceladas más a esa excelente pintura, para que se presente el retrato con mayor semejanza al original.

Nuestra dama—modelo como era público y notorio, fué la mayor parte de su vida de un carácter placentero y gracioso, que no entibiaba sino antes realzaba, la piedad recendrada de todos sus actos: podrían aquí tener cabida muchas anécdotas en que se le verá desplegando la travesura al par que el ingenio; pero quiero evitar la acusación de profusidad que se me pudiera hacer. Y así solo diré, que su genio conservó tan vivos malices, hasta que las enfermedades y las penas que le son consiguientes, vinieron a suavizarlos un tanto, sin hacerlos desaparecer del todo; pues entonces en vez de reír alegremente, alegremente se reía nomás sin mostrarse apocada y sí llena de resignación, y sin que la escondida flecha que llevaba en su pecho prorumpiera en la explosión de notas que en otros días, pero sí en melódicos sonidos que sin formar contraste con su situación doliente, se reconocían inspirados en el gustoso acatamiento a las disposiciones del cielo.

Jamás pues anduvo de puntillos en el ejercicio de las virtudes, sino con franqueza, sin temor, con libertad y confianza, como lo aconsejara a Filotea el gran maestro San Francisco de Sales, que escuchó con su mirada observadora hasta los menores pliegues del corazón femenino, y que en su "Introducción a la vida devota," nos dejó el tratado más completo de higiene del alma de la mujer, que se conozca hasta hoy.

Su humildad interior y exterior era la de una cristiana de los tiempos primitivos; traje a base con sencillez, pero condecorancia, tanto que Tertuliano no habría podido aludir a ella en aquellos preciosos conceptos: "no es si manos acostumbradas a los brazales podrán levantar el peso de las cadenas; si piés adornados de cintas, podrán acostumbrarse al dolor de los grillos; y me temo que una cabeza cubierta de corales, perlas y diamantes, no soporte la capota del martirio." Sus palabras y sus

gacioner iban acompañadas siempre de la mayor modestia y trataba a cuantos la rodeaban con un señorío que encantaba más que jamás se notó que quisiera hacer sentir superioridad alguna de modo que lastimara el amor propio de los demás, ni aun tratándose de sus mismas criadas, porque pensaba que para ellos como para ella un solo el Señor está en el cielo.

Muere gustosa a los que como a los que a la madre de San Bernardo, consiguió Dios desde al nacer viendo denotarse que para atraer sobre ellos las bendiciones divinas, por cada uno de los que tuvo fue adoptando, en nombre de él, otros tantos expósitos o huérfanos, a los cuales hacía amarantar por su cuenta y aseguraba de antes a nombre de ellos una renta suficiente para que pudieran mantener en el resto de su vida la última adopción que recuente que efectuó la Sra. Doña Rosalía fue la de una niña que dejaron sus ingratos padres abandonada en un templo de San Pedro Tiquapaque y a la cual se le dió en el bautismo el nombre de María Alacoque.

No se relacionaban a solas esas expresiones delicadas sus sentimientos maternales, pues desde puede que de costumbre andaba vigilando por la educación de sus hijos, con esa vigilancia de la gallina que jamás pierde de vista a sus polluelos y que apenas descubre caern un punto en el cielo al rapez gaviola "paradía viviente" del buitre convoca a todos ellos con angustiosos píos y los cubre con sus alas, dispuesta a sacrificarse ella a sí propia para salvar su progeñe. A esos cuidados y desvelos debían sus hijos, unos ser citados como tipos de esposos sobresalientes, otras como verdadísimas doncellas y los demás como cumplidos caballeros.

Había conseguido probablemente la devota dama aquel inestimable efecto de la gracia, que consiste en la unión mística del alma con Dios, de la que en sus -Moradas- dice Santa Teresa, juez muy competente en la materia, que se verifica "como si cayendo el agua del cielo en un río o fuente a donde queda hecho lado agua, que no podrán dividirse y apartar cual es el agua del río o la que cayó del cielo, o como si un arroyo pequeño entra en la mar no habrá remedio de apartarse, o como si en una piedra estuviesen dos ventanas por donde entrase gran luz, aunque entre dividida, se hace toda una luz." Deduzco ese aserto de las noticias que tengo de la frecuencia con que mental, cordial o vocalmente solía ponerse a María en comunicación con el Altísimo, para tratar de los negocios de su alma; y aún no satisfecha con eso, a raíz de alguna de aquellas pláticas es-

cribía los pensamientos afectos y recuerdos que le había inspirado cada uno de los instantes de recogimiento con habia tenido. Llamaba a estos escritos su "Diversión de oración," llegaban a formar muchos cuadernos y según decía temosa que ha visto alguno de ellos, están redactados con un talento, una madurez y una ternura que asombran.

No es de extrañarse por eso, quien tanto como ella amaba a Dios, comprendiendo que en el lenguaje de las nupcias celestiales hallésera recibido si no visto el traje de bodas de la caridad, se dedicaba atenciosamente a ejercer las obras de misericordia en un grado superior y sin ostentación alguna. Cuando rica se hizo pobre con las pobres y aun más que ellas, como lo aconsejaba el Santo Consejo de Gerbeña: lo primero, porque amada a los pobres y a la pobreza, era verdaderamente pobre de corazón, y en todas partes les tendía su mano, les expresaba cariño, se les mostraba como su compañera e igual; y lo segundo, porque servía a esos míseros pobres con sus manos, las cuidaba cuando estaban enfermos, les servía de camarera, los aseaba y tal vez hasta les preparaba por sí misma los alimentos.

Irrefragables testimonios de todo ésto dan muchísimas familias y personas que recienten la pérdida de su protectora y que lloran al veros tal vez en absoluto desamparo.

Pero no debo expresarme en sólo tan vagos términos el hacer memoria de la virtud favorita que adornaba a mi biografado, a la que ella eligió entre todas las demás por ser conforme a la obligación que tenía de ejercerla, en agradecimiento de los bienes terrenos que le había dispensado la voluntad divina; y por lo tanto, citaré hechos precisos que confirmen la exactitud de mis palabras.

Guadalupe entera sabe que durante mucho tiempo la opulenta dama estuvo sosteniendo una congregación de ancianas pobres, a quienes no sólo les daba todo lo necesario para la existencia material, sino que también les prodigaba a cada una de ellas especiales cuidados y extremosas caricias de ese afecto que mejor que el vino puede borrar la locura de los viejos, como lo ha leído no recuerdo en dónde a punto fijo.

Aquellas cobayas canas se valían todo lenguaje acerca de su bienhechora y con eufórica razón! Ellas, que no tenían ya atractivo alguno para el mundo que las veía como un estorbo ó como cosa despreciable; ellas que por tan años no podían ya entregarse a las ocupaciones manuales para ganarse el sustento, lo tenían todo—encomodadas, respeto y cariño—al amparo del alma

generosa que en su persona honraba al par que la pobreza la edad senil.

Desde hace veinte años estableció también, en la populosa barriada de Albalro un asilo de niñas, con el nombre de "Taller de Señor San José" en el cual gran número de aquéllas recibían el mantenimiento y una educación apropiada para el efecto de que se formaran obreras inteligentes y honradas. Este mismo asilo subsiste a la fecha todavía, recientemente reformado; para este fin hizo venir de Zamora a cuatro "Hermanitas de los Pobres" para que enseñaran de la dirección de la casa, la cual, conforme a la intención de la fundadora, debería tener hasta cincuenta educandas, número que aún no se completaba por hallarse, como dije, al principio de la reforma. Allí mismo además al asilo, se daban alimentos a cerca de cien niños vecinos de aquel necesitado barrio.

Considerando el estado matrimonial como un medio de que los individuos puedan llegar a conquistar la felicidad y la perfección posibles, siempre que dentro de él cumplan con los deberes pogrados que le son inherentes, fomentaba las uniones conyugales entre parejas virtuosas que por sus escasos recursos se veían privadas de alcanzar el desideratum de sus amores; ella les castreaba todos los gastos de boda, les ajustraba la casa que habitarían y les proporcionaba medios para que con el trabajo pudieran afrontar los gastos del nuevo hogar.

Y no sólo a su ciudad natal se concretaban los beneficios que esparcía en mano, sino que donde quiera que fué dejó memorias imperecederas de su largueza, principalmente en La Nestos, villa del Principado de Asturias, de donde era originario el Sr. su padre y de donde también lo fueron sus antepasados de la línea materna, según creo.

Este manantial de misericordia que se desprendía de su pecho, alcanzaba a extenderse a más de las fronteras lejanas, a las invisibles bondades subterráneas del corazón, ni no me permite el uso metafórico de esa frase.

Su celo por el culto divino se manifestaba continuamente con la largueza de sus limosnas a los templos, siendo notables las que hizo para la construcción de la nueva Colegiata de Guadalupe, advocación ésta de la Santísima Virgen que era para ella la más tíeramente llamada y a la que solo superaba como era debido, su incesante afecto al Sagrado Corazón de Jesús.

Con efecto, sintiendo en sí la caridad del alma para con el alma, haciendo consentir su mayor dicho en ver dichosos a los demás, se afanaba en hacer a todos, propios y extraños, poseedores del Supremo Bien: moviálos con

sus palabras llenas de convicción y de dulzura, a que aspiraran con fervor a una conquista menos expuesta y más satisfactoria y gloriosa que las de la Tierra, cuales la de la eterna felicidad; y se dolía de la triste suerte de todos los hijos de Adán que moraban en el valle de lágrimas, porque "contemplaba en los niños, según sus propias palabras, seres cuya inocencia se iba a perder; en los jóvenes, criaturas que vulgaraban la mejor edad de la vida, en los hombres formados, tristes labradores que sólo iban levantando cosechas de desencantos; y en los viejos, infelices a quienes les quedaba ya muy poco tiempo de vida para dar a Dios satisfacción completa de lo pasado."

Tal fué en compendio, por mí desalinadamente escrito, la existencia pura, benéfica y santa de la Sra. D<sup>ña</sup> Rosalía Martínez Negrete de Fernández del Valle, que duerme ya en el seno del Invisible Ser Autor de la vida, desde el día 12 del corriente mes. Había deseado ir a morir en México, al lado de aquellos de sus deudos que allá moran y que más difícilmente que los que aquí residen, pudieran haber ocurrido a recibir su postrer aliento, en el lecho de agonía; así como por estar allí inmediata al milagroso sitio del Tepeyacatl, escogido por la Virgen Patrona de nuestro suelo para su particular residencia; y tal deseo, como uno de esos premios anticipados que Dios acuerda a sus elegidos, se vió satisfecho, haciéndose notable la coincidencia de que en tránsito fuera en el día especialmente consagrado a la advocación tan querida de los mexicanos.

Hablando de la felicidad del cielo el gran diluyente Bossuet, después de sentir con el Salmista que "los ojos de Dios están fijos sobre los justos" no ya solo porque él vigila para protegerlos, sino aun más, porque se goza contemplándolos desde lo más alto de los cielos, como los objetos más preciosos de su divino agrado, añade a estos conceptos:

«Pero si los justos son el espectáculo de Dios, él quiera á la vez verlo también de ellos; se complace en que le vean, como él se complace con su vista; los cautiva con la manifestación clara de su eterna hermosura, y les muestra ya sin velo alguno su verdad misma en un pliegue de tan pura luz, que hace desaparecer toda especie de sombra y de tinieblas.» ¿Qué debe deducirse de esa excelente doctrina, teniendo á la vista los datos que acabo de dejar apuntados, acerca de las excepcionales virtudes y méritos de la Sra. de Fernández del Valle? Al menos, la esperanza dulce y bien fundada de que el

llamamiento que á esa alma generosa y buena dirigió el Eterno Juez, haya obrado el anhelo infinito que tiene por manifestar, sin velo alguno, á sus elegidos, la sublime beatitud que causa su divina presencia.»

Y aparejados con esa justificada creencia, surgen, por efecto de la vista de los bellísimos rasgos del retrato que he procurado dibujar, dos notables consideraciones: la una, que hoy, lo mismo que en los primeros siglos del cristianismo, tendrán que confesar nuestros filósofos del día, si obran con buena fé, que son admirables las mujeres cristianas, como lo decía el retórico Libanio, menos insigne por sus apologías del paganismo que por haber sido maestro del Crisóstomo; y la otra, cuán acertado es el principio económico-cristiano proclamado por el eruditísimo San Clemente de Alejandría en su tratado, *Quid es el rico que se salva*, de que las riquezas por su naturaleza son indiferentes, y que todo depende del uso que se hace de ellas, ora convirtiéndolas en instrumento de las pasiones ó inclinaciones viciosas, ya en materia y medio de obras buenas y en manantial de méritos para nosotros y para los demás.

ALBERTO SANTOSCOY.

Junio 22 de 1897.